

# ❧ PAGINA LITERARIA ❧

## EL OBRERO

Mujer al fin y de mi pobre siglo,  
bien arropada bajo pieles caras  
iba por la ciudad, cuando un obrero  
me arrojó, como piedras, sus palabras.

Me volví a él; sobre su hombro puse  
la mano mía; dulce la mirada,  
y la voz dulce, dije lentamente:  
¿Por qué esa frase a mí? Yo soy tu hermana.

Era fuerte el obrero, y por su boca  
que se hubo puesto, sin quererlo, blanda  
como una flor que vence las espinas  
asomó, dulce y tímida su alma.

La gente que pasaba por las calles  
nos vio a los dos las manos enlazadas,  
en un solo perdón, en una sola  
como infinita comprensión humana.

ALFONSINA STORNI

## No llores nunca

Querías rebelarte a mis antojos  
en la urgencia tenaz de tus pudores  
y en el azul diamante de tus ojos  
vivían conspirados tus amores.

Caíste al fin bajo los palios rojos  
que alzáronte mis íntimos ardores,  
y de aquella ilusión sólo hay despojos  
de besos mustios y marchitas flores.

Y la vida es así. No llores nunca,  
gusta el placer de la esperanza trunca  
que muere sin llegar el desencanto.

Ella deja en nosotros la armonía  
lejana y dulce, acompasada y pía  
como la voz romántica de un canto.

Cires IRIGOYEN

## El Amor y la Muerte

Una noche en Florencia, asomado a un balcón de Lungarno, escuché a unos cantores populares, de los que amenizan con sus romanzas la digestión de la muchedumbre cosmopolita, albergada en los hoteles inmediatos al río.

«¡Morir!», cantaba el tenor con lamento prolongado, rasgando el silencio de la fresca noche.

«¡Morir vichino a te!», respondía con voz grave, con reconcentrada pasión; y las arpas lloraban en la obscuridad sus lágrimas armoniosas, como perlas sonoras.

Junto a mí, unas inglesas jóvenes, suspiraban emocionadas por la dulzura melancólica de la música y de la noche, sintiendo ablandarse sus almas bajo un soplo de amor; y viendo yo la corona de luces del «Viale del Colli», que rasgaba la obscuridad en lo alto de un cerro, y a sus pies el Arno rumoroso y temblón, reflejando las rojas serpentinas de los faroles, por debajo de los arcos del Ponte Vecchio, sentíame igualmente conmovido por la romanza, tocado por la emoción poética de los más bellos momentos de la vida, creyéndome por un instante

más ligero, en un mundo extraordinario, de atmósfera sutil y perfumada, donde los cuerpos tuviesen la fluidez de las almas. «¡Morir!», repetía el lamento musical, abajo en las orillas del río, y yo me enternecía sin saber por qué, hasta que mi corazón sacudió este encanto, con repentina protesta.

¡Morir! ¡Qué disparate...! Vivir; la vida es la única belleza digna de ser cantada. Y en plena frialdad, sonreí de la materia que, temiendo a la muerte, finge desearla, para dar el existente del peligro, a sus alegrías y tristezas, que juega con ella a mentirijillas, amándola, como aman los niños los juguetes guerreros, remedo de armas mortíferas que no pueden causarles daño.

¡Morir!, cantaban aquellos hombres con un apasionamiento meridional, que ponía lágrimas en su voz; y poco después, cuando ya no cayesen monedas de los balcones, irían a la *trattoria* a considerar su vida como el mejor de los bienes ante un frasco de «Chianti» y un plato de macarrones.

«¡Morir!», repetían con los ojos húmedos, siguiendo el canto, aquellas vírgenes rubias de pecho plano, y en el fondo de sus pensamientos

(Pasa a la 7a. página).